

CATALUÑA

REVISTA SEMANAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Muntaner, 22, bajos

De los artículos firmados son responsables sus autores

No se devuelven los originales

— PRINCIPALES COLABORADORES —

R. Rucabado.—Carlos Jordá.—José M. Tallada.—F. Sans y Buigas.—F. M. López Picó.—F. de Sagarra.—Eladio Homs.—J. Martí y Sabat.—J. Farrán y Mayoraj.—Manuel Reventós.—Emilio Vallés.—J. Garriga Masó.—Ernesto Homs.—María C. Torner.

◆ ◆ ◆ Eugenio d'Ors ◆ ◆ ◆

SUSCRIPCIÓN

España. 3 pesetas trimestre
Europa. 3 francos
Número suelto 25 céntimos

— PAGO ANTICIPADO —

Año VI

Barcelona 10 de febrero de 1912

Núm. 227

SUMARIO

Reforma espiritual, por R. R.

La moral pública, por ARTURO VINARNELL ROIG.

El Teatro.—El Cinematógrafo.—La escuela y la familia.—La defensa social y los partidos.

La Cuestión del Cinematógrafo y la de la Moral de la calle.—Nuestra información.—(Conclusión).

Cuestiones de

C. Montoliu.
J. M. López Picó.
Manuel Ainaud.
Pablo Vila.
Fernando de Sagarra.
D. Corominas Prats.
Marcelino Domingo.
Mercedes Tapís de Furest.
María Carbonell Sánchez
José Pijoán.
J. Bosacoma y Pou.
Luis Zulueta *.
Luis Carreras *.
José M. Baranera.
Bernabé Martí y Bofarull.
L. Figueras Dotti.
Mercedes Padrós.
Elvira Casablanca.
L. Jori.
Carmen Serra de Montaner.
P. Fco. de Barbens *.

Apéndice:

Ortopedia Moral, por JUAN MONEVA Y PUJOL.

Curso Miguel Angel en Barcelona

Repetición del Curso de Tarrasa

Conferencias cada domingo por el profesor

D. José Lleonart

Local del «Orfeo Catalá»

Reforma espiritual

Hubo un tiempo en que el uso y la defensa de la Moral era patrimonio exclusivo de algunos espíritus estrechos y desabridos. Aquellos eran los tiempos definitivamente caricaturizados con la heráldica burlesca de las gafas negras y la hoja de parra. El moralista que todos imaginaban, vestido de negro, viejo, de rostro enjuto, afilada nariz, ojos escrutadores y ademán a la vez policiaco y sermoneador, tal como algunas veces aparece todavía en los dibujos del *Simplificissimus*, ha dejado ya de existir. La palabra *moralista* llegó a evocar, por influjo de aquél, antipáticos ecos. Evocaba una literatura monótona, seca, limitadísima, de «padres-de-familia», «multas gubernativas», «denuncias», de la cual no había medio de salir. La Moral era negocio que interesaba a bien poca gente. Del desprestigio que la Moral padeció en ese largo y helado período, sufrimos todavía hoy no pocas consecuencias. Gran número de gentes cotizan todavía muy bajo este valor humano. Otras, más numerosas de lo que se cree, tienen de ella un concepto superficial, externo, literal, *legal*, por decirlo más gráficamente; todo lo cual es necesariamente vano é ineficaz. Generalmente les distinguiréis por una frase que es la síntesis de su ideología: «¡que se cumplan las leyes!»

El renacimiento espiritual de Cataluña debía fatalmente llevar consigo, en una superior etapa, palpaciones de reforma moral. La Moral, el olvidado código, mohoso y polvoriento, que los domines de negras gafas leían sentenciosa y autoritariamente como el Corán los musulmanes, podemos ya tentar de convertirlo en un elegante manual de bolsillo, clara y bellamente impreso, traducido al lenguaje moderno, para ser llevado siempre encima, consultado a todas horas y siempre hojeado con deleite. La Ética florece en nuestros días con inusitada lozanía. Sus cuestiones van penetrando en la atención pública y apoderándose de ella; la resolución de sus problemas va cobrando cada día mayor interés en los más diversos medios sociales. No son los viejos huraños y gruñones los usureros de la Moral,

sino los jóvenes en pleno desarrollo, sus paladines. No desdeñan hablar y apasionarse por la Moral no ya el sacerdote y el pedagogo, sino el literato, el artista, el periodista, el político, el profesor de universidad, el comerciante. Ni desdeñan reivindicar, redimiéndola, la profesión de *moralista*, el juvenísimo y brillante poeta, el cultísimo y modernísimo filósofo, quienes subordinan a la Moral todas las libérrimas actividades espirituales que más estiman, y de este voluntario sacrificio responden con su propia ejemplar vida.

Hoy la Moral ha sido redimida y elevada y rejuvenecida y embellecida. Y eso que lejos de hacerse más elástica y acomodaticia que antes, se ha vuelto mucho más grave, exigente é imperiosa. Esta maravillosa transformación se debe a que han sido los más enamorados cultivadores del intelecto, no ya sólo los propagandistas, sino los precursores de la reforma espiritual. ¡Quién se atrevería a simbolizar sin escarnio a la justicia, nuestra Moral en una repulgada dueña, como antes! Nosotros no sabríamos imaginarla sino con la pujanza, la juventud y la serena y divinal belleza de la propia Minerva. Crece, efectivamente, el prestigio de la Moral entre nosotros, a medida que los maestros de nuestro pensamiento nacional van descubriendo las leyes de *armonía* que unen por la base todos los valores humanos; a medida que el mundo va apareciendo ante nuestros ojos como un todo maravillosamente armónico, equilibrado, trabado y estrechamente enlazado en todos sus elementos, y vivificado, saturado y movido por una Idea, por un Espíritu; a medida que del campo intelectual se nos van descubriendo los fundamentos de granito que la Moral tiene en la Biología y en la Teología. ¡Qué radical diferencia entre la Moral arbitraria, imperativa, *porque sí*, ó apoyada no menos arbitrariamente en la tradición *porque sí*, que se nos había predicado en la escuela antigua, y la Moral que nos han hecho profundamente sentir en el fondo de nuestros corazones, como ley armónica de estabilidad vital, las concepciones platónico-cristiana de Torras y Bages y sus discípulos, la panteísta-cristia-

na de Maragall y la científico-cristiana de Eugenio d'Ors!

Sin esta luz directora poco valdrían todas las cuestiones removidas y agitadas; sin la noción gravísima de la Responsabilidad que la *Moral según la armonía* emana, ¿en donde hallaríamos el esfuerzo motor de nuestras intervenciones? Problemas de ética política, de moral comercial, de hemofilia, de industrialismo del vicio, de moral del cinematógrafo, de moral de la calle; cuestiones de integridad sexual, de salvaguardia escolar, de moral de la familia, de intervención del maestro, de dignificación de la policía, de control y previa censura, de limpieza del lenguaje hablado, de extinción de la blasfemia; ¿no sentimos claramente enfocarse todo esto á un fin supremo: la formación de una Conciencia individual serena, firme y potente, que sea la columna ó pedestal en donde la Moral tome asiento y gobierne en cada uno de nosotros?

Nuestra actuación es colectiva, pero nuestra finalidad es individual: repítámoslo una vez más:

«Entidad, colectividad, ley, nación, municipio, opinión, campaña, información, procedimiento; el Intervencionismo verdaderamente espiritualizado no cifra en esto su fin, y sería insensato suponerlo, sino que se vale de todo esto como instrumento: el fin es el hombre, no puede ser otra cosa.»

No, nuestra Moral no es la de gafas negras y hojas de parra. Nuestros moralistas no responden al fúnebre tipo definido por la sátira y vivido todavía en ciertas gentes anacrónicas que pretenden en vano vivificar el extraño fantasma de una moral anti-intelectual, es decir, una moral sin cuerpo y sin razón, sostenida por la fuerza y derivada no de la tradición consciente, sino de la rutina. Nuestros moralistas tienden á abarcar toda la extensión del conocimiento y del sentimiento humano, y tanto más glorioso será el triunfo de nuestra Moral cuanto los pliegues victoriosos de su bandera imperial floten sobre más dilatados, numerosos y ricos dominios científicos, artísticos y sociales.

Además, la vivacidad de nuestra Moral es la *energía reformadora* que nos impulsa, como por una ley biológica. Y aquí se distingue radicalmente de la moral anticuada, que quiere obrar sólo por decretos, imponiendo la conducta á los demás é inhibiéndose de la personal reforma. Nuestra Moral es de guerra, de *batalla*, y la más decisiva y gloriosa y eficaz acción de sus luchas y sus campañas, será la conquista del castillo interior en que cada uno de nosotros almacena vicios, rutinas, flaquezas, cosas viejas y muertas, materia inerte.

R. R.

LIBROS RAROS Ó PRECIOSOS

IMPRESOS Ó MANUSCRITOS

:: SE COMPRAN POR SU MAS ALTO VALOR ::

SALVADOR BABRA-Méndez Núñez, 11

La Moral pública

El Teatro.—El Cinematógrafo.—La escuela y la familia.—La defensa social y los partidos.

(En torno de una información).

Problema y preocupación de todos los tiempos ha sido la cuestión de la moral pública. Los sociólogos y los pensadores más autorizados de todos los países han puesto á contribución su saber y su experiencia para llegar á una solución beneficiosa y práctica; pero el hecho de ir en aumento el mal es prueba evidente de que no se ha podido ó no se ha querido encontrar el remedio. Sin necesidad de entrar en disquisiciones ociosas sobre determinadas teorías relativamente á las causas productoras ó eficientes de ese mal social que lamentamos—la inmoralidad, la perversión y el vicio reinando en todas las esferas—forzoso es convenir en que hoy la llaga se extiende de una manera alarmante, llegando á tomar casi el cariz de una verdadera gangrena. TAINE, el gran filósofo y profundo observador, creo hallar el origen en la «influencia del medio». Acaso tenga razón; no vayamos á discutirlo. El hecho es brutal, incontestable. Jamás se había percatado la gente, como vemos hoy, de la gravedad de la situación, y esto sin mojigatería ni partidismo de ninguna clase. Ya nadie se recata de hablar de ello en todos los tonos. Y es que antes la política con sus hechos y personalismos enconados lo invadía todo, y el humo espeso de esos combates ocultaba el cieno de las calles, cuyas salpicaduras, sin embargo, rebotaban sin cesar y se introducían solapadamente en el seno de las familias pasando por encima de los combatientes, para quienes el peligro era inadvertido.

En estos últimos tiempos, algunos hombres honrados, de elevada inteligencia y voluntad generosa—yo no quiero citar ahora sino el senador Bérenger, en Francia, y el profesor Buylla, en España—han dado el grito de alarma, y han sido escuchados. Lo han sido, á despecho de una turbamulta infecta que ha tratado de ridiculizar sus nobles y fecundas iniciativas, zahiriéndolos y maltratándolos con diatribas de todo género, unos en nombre de una libertad prima hermana de la licencia, otros en nombre de un arte y de una literatura cuyo principal incentivo es la sugestión hacia la obscenidad en todas sus manifestaciones. Dada esa voz de alerta, que no han podido ahogar las estentóreas protestas de los encubridores del vicio y de la inmoralidad descendida al arroyo, imponiase un movimiento reaccional en favor de la moral pública escarnecida. Ha sido, de un año acá, como un sacudimiento eléctrico ese fenómeno de repercusión que á la vez se ha experimentado en todas las naciones del mundo civilizado. En Alemania, en Inglaterra, en Francia, se han sucedido los Congresos para tratar de contener con sabias y prudentes medidas la marcha ascendente de la pornografía. La trata de blancas, es decir, la prostitución encubierta, los libros y publicaciones de carácter puramente sensual ó francamente lascivo, las tarjetas postales ilustradas abiertamente obscenas: de todo esto ha hablado con elocuencia en esas asambleas, y todos los gobiernos interesados, comprendiendo la trascendencia de esa obra de saneamiento y depuración social, han apoya-

do sus conclusiones... Pero ¿qué medidas eficaces han sido tomadas, hasta ahora, para oponerse á la invasión creciente de esa ola negra, terriblemente devastadora, que amenaza destruir por completo la pureza y el pudor de nuestras viejas costumbres públicas, base secular de la santidad de nuestros hogares, y prepara, con una generación enclenque y corrompida, la senilidad prematura y la muerte civil de nuestra raza en un porvenir no lejano?

Por mi parte, confieso que no las conozco, si es que en realidad han sido llevadas á la práctica. Todo ha sido platonismo puro. Los Gobiernos y los Parlamentos se han ceñido á lanzar grandes anatemas contra la literatura y las exhibiciones reconocidamente inmorales, pero no han sido dictadas aquellas disposiciones rigurosas indispensables para atajar radicalmente una infección que cada día se va haciendo más extensiva y más grave. El enfermo está ahí, de cuerpo presente, ofreciendo á la vista sus píustulas mal olientes; y el cirujano, con el instrumento salvador á su alcance, titubea y no se atreve á cortar por lo sano. ¿Será, tal vez que desconfía del éxito de su empresa? ¿O es, acaso, que carece del valor cívico necesario para arrostrar las interesadas injurias de los que, so pretexto de libertad, pudieran echarle en cara esa medida radical, como atentatoria al libre ejercicio de una profesión ó de una industria nacidas al amparo de la ley ó toleradas por tácito asentimiento público?

La explotación de la inmoralidad, que hubiera debido preocupar seriamente á todos los gobiernos, ha sido considerada siempre poco menos que como cosa insignificante, de consecuencias remotas ó anodinas, y de aquí la lenidad con que han fingido perseguirla los encargados de velar por el decoro público. Y como cada día el mercantilismo inventa nuevos incentivos para hacer más agradable y atrayente el vicio, valiéndose, al respecto de todos los refinamientos de la sugestión en sus formas más diversas, de aquí también que la sagacidad y el buen querer de los pocos que acaso hayan podido resolverse á iniciar una positiva campaña de persecución contra el mal que lamentamos, se estrellen ante dos factores cuyo predominio justifica plenamente la impunidad de que disfrutan cierta clase de hechos que, si legalmente no son tal vez delito punible, en cambio, en buena ética, constituyen la esencia misma de la materia penable, origen de perversión y prólogo de delincuencia; esos dos factores son: 1.º la ausencia de un texto jurídico que prevenga y, en su caso, castigue; 2.º la pasividad é indiferencia culpables con que la sociedad culta y aparentemente bien educada acepta el exhibicionismo moderno en materia de espectáculos públicos.

Ahí está, por ejemplo, el teatro, sobre todo el teatro de los grandes centros de población como París, como Madrid, como Barcelona. Dejando aparte contadas excepciones, que no hacen sino confirmar la regla, el arte escénico ha dejado de ser escuela de buenas costumbres y regalo de nuestro espíritu, para convertirse en representación; más ó menos escuela de realidades malsanas y en excitante corrosivo de pasiones indigestas. El teatro es hoy, por lo general, y salvando

—como antes digo—honrosísimas excepciones, una explosión continuada de impúdicos efectismos, de atrevidos é inmorales conceptos, de situaciones escabrosas, en los cuales la indumentaria provocativa y aun á veces la danza sugestionante y el desnudo desempeñan el principal papel. La Duncan y la Badet dieron aquí en París el ejemplo. Y el afán de imitarlas ha sido luego como una mancha de aceite. El público se regodea con ello, el gusto se deprava y la curiosidad malsana es ya lo único que asegura los éxitos teatrales. Preguntad qué es lo que más gusta en la *Salomé* de Oscar Wilde, de ese refinado esteta que tanto ha influido en el execrable sensualismo de nuestra juventud extraviada y en la perversión sádica de muchos viejos ridículamente viciosos, y unos y otros—que sólo van al espectáculo para recibir grandes sensaciones de plástica lasciva—os contestarán sin vacilar, con delectación afrodisiaca: el baile lúbrico de la famosa princesa ante el tetrarca, con todos los refinamientos orientales de su ritmo armonioso, de su desnudez palpitante y de su música embriagadora.

Cosa peor ocurre en otras esferas y en otros teatros, particularmente en los teatros conciertos. Ya en otra ocasión, después de un viaje reciente á Barcelona, la ciudad de mis preferencias que yo quisiera ver en todo grande, y rehabilitada, y limpia de esa mancha, dije sin ambages la opinión que merecían ciertos espectáculos muy en boga en la capital de Cataluña. Aquello ya no es sadismo simplemente, sino incultura y decadencia, sobre todo teniendo en cuenta la progresión del mal, que se infiltra en todas las clases y se acepta por ellas como la cosa más natural del mundo. Recuerdo un episodio típico, que me pareció de un realismo entristecedor: pasaba yo por la calle del Conde del Asalto, muy próxima á la, en que se halla establecido uno de los *music-halls* más populares y concurridos de la condal ciudad, y oigo que una mujer, menestrala por su porte y maneras, decía á un hijo suyo, niño que apenas si contaría ocho años de edad:—«Si mañana te conduces mejor que hoy (*si fas més bondat que avuy*), te llevaré á ver *La Pulga*.» Huelgan los comentarios.

Pues bien, todo eso, que es síndrome incontestable de degeneración, no ha sido fustigado por aquellos que, por su profesión ó por sus concomitancias directas con el pueblo, con ese pueblo que tanto necesita ser protegido y educado, están indicados para substraerlo á todo lo que puede representar, á sus ojos y á su conciencia simplistas, escuela de perversión ó de malas costumbres. Es mas: podría citar textos de publicaciones que conservo pero que por ajeno pudor no transcribo, en los cuales se entonan ditirambos al desnudo y al baile provocativos tales como los hemos visto recientemente en el teatro, calificándolos de idealización de la materia dentro del arte (*sic.*) Cuando se imprimen por gente culta (1) semejantes insanidades, sin que surja inmediatamente el correctivo de una protesta; cuando esto se acepta con indiferencia por el público, por las familias en que hay padres, madres é hijos (hijas sobre todo) que debieran de interesarse por que el arte, el arte verdadero, saliera

ennoblecido y no encanallado en el teatro; y cuando, á mayor abundamiento, las empresas están seguras de la impunidad, ante la deficiencia de los medios coercitivos legales y el aplauso emulativo que encuentran entre aquellos mismos que por función social debieran de condenarlas, claro está que el daño va siendo mayor todos los días, hasta que llegue un momento en que sea irreparable.

Hijuela del teatro, y exteriorización hábil y casi perfecta de la realidad escénica y de la vida, es el cinematógrafo. Yo lo tengo por un gran triunfo de la mecanografía instructiva y utilitaria, como el teatro fué siempre, á mi juicio, desde que los griegos lo elevaron á la categoría de arte superior, la mejor y más viva encarnación de la existencia idealizada por prosistas y poetas. Entiendo que el cinematógrafo es un instrumento maravilloso que, dirigido por hombres decentes y cultos y manejado por manos expertas, puede contribuir poderosamente á elevar el nivel social del público á grande altura, desde el doble punto de vista de su ilustración y de sus sentimientos.

Espectáculo al alcance de todo el mundo y de todas las fortunas, es á propósito para atraer á la gran masa innominada que busca distracciones y placeres fáciles y á poco precio; y por su finalidad y por los medios de que se sirve para interesar á lo vivo á los que á él acuden, está llamado á ser con el tiempo un complemento ó un sucedáneo del teatro. Yo soy de los que creen sinceramente en la virtualidad del cinematógrafo *per se*. Sus múltiples aplicaciones, con sus perfeccionamientos cada día más extensos, me lo han hecho apreciar como un arma de gran potencia instructiva y educativa, siempre que los encargados de esgrimirla la manejen con fines de cultura social y sin apartarse de los límites dentro de los cuales el arte y la moral pueden desenvolverse sin ofensa mutua. Es sencillamente cuestión de tacto, decencia y delicadeza.—Cuando, hace algunos años, el célebre cirujano Dr. Doyen implantó la cinematografía como auxiliar para la propaganda de sus métodos operativos, que yo considero admirables, los envidiosos de su merecida fama, cuyo número es legión, se le echaron rabiosamente encima tratándole de impostor, charlatán, mercachifle y poco menos que indocto. Yo, que conozco de cerca cómo trabaja y cómo produce ese hombre superior tan calumniado, entendí, por el contrario, que aquella aplicación de la cinematografía á la enseñanza constituía no sólo un ingeniosísimo hallazgo, sino un positivo progreso en la metodología didáctica. Verdad es que más tarde, y no por culpa de Doyen, se ha hecho un uso indebido, ó por lo menos un uso inconveniente, de los *films* operatorios del eminente doctor, que en un principio fueron destinados únicamente á los alumnos de cirugía. Esto me ha parecido muy mal; pero no prueba en manera alguna que la cinematografía sea de por sí nociva y que como tal deba de ser condenada.

Es arma de dos filos como lo es el mismo teatro, y, sin embargo, á nadie que tenga buen sentido, ó siquiera el concepto real de las cosas, se le ha ocurrido pedir la supresión de un espectáculo que tanto ha contribuido, como el arte escénico, á levantar el nivel intelectual del pueblo, á pesar de las manchas que lo afean y de las deplorables tendencias que á él han aportado ciertos

autores, más afanosos de explotar el sensualismo grosero que de cultivar, en provecho del espíritu, las bellezas de una sana, eficaz y atrayente literatura. ¿Dónde no existen manchas? ¿Acaso no las tiene—y perdónese la socorrida frase—el mismo lumínar del mundo?

Lo que hay es que, si existen grande dificultades, en una nación liberalmente regida, para evitar los abusos que están convirtiendo el teatro, hoy, en un lugar de delectaciones malsanas y de enseñanzas abiertamente opuestas al convencionalismo tácito dentro del cual convivimos todos los hombres desde que hay civilización en el mundo, á no ser que se eche nuevamente mano del procedimiento anacrónico, humillante é inquisitorial de la previa censura, en cambio algo—á mi entender—podría y debería intentarse para contrarrestar é impedir, coercitivamente si fuere necesario, la exhibición pública de ciertas impresiones cinematográficas, de la misma manera que se impiden otras exhibiciones callejeras (fotografías ó cartas postales obscenas, etc.) como atentatorias á la moral y al respeto de los transeúntes. Claro es que el cinematógrafo es mucho más peligroso que esa torpe exteriorización en la calle, pues de ella se apartan instintivamente los ojos cuando existe mediano decoro, al paso que aquél, con sus perfeccionamientos artísticos, ha llegado á presentarse con tal lujo de habilidad y de seducción, que el espectador, ávido de lo real, de lo que palpita, de lo que es vida positiva de la actualidad reinante, sale verdaderamente impresionado y no pocas veces profundamente conmovido. En el cinematógrafo se aprecian mejor los hechos porque toda la atención está concentrada en el sentido visual, que es el que más directamente hace vibrar las células del cerebro. Por extraña paradoja, siendo todo ficción por su mecanismo, puede decirse que en el cinematógrafo no existe la ficción para el espectador. Y como, por otra parte, es espectáculo al que se asiste por poco dinero, de aquí su inmensa boga, su grandísima popularidad, sobre todo entre las familias de modesta posición y la gente moza.

A mi juicio—y lo digo con toda sinceridad, aunque tenga que hacer presión á los principios de libertad que he sustentado y defendido durante toda mi vida—el cinematógrafo debiera de estar sometido á un control especial ó á la observancia de ciertas reglas, á fin de obtener que el espectáculo no degenerara nunca en una exhibición de hechos que, por su finalidad ó por su intención, puedan ser considerados como una

La Susceptibilidad Catarral



Muchas personas padecen una predisposición marcada al resfriado de cabeza y al catarro nasal. A pesar de todas sus precauciones, salen de un catarro para entrar en otro, siendo el tiempo frío y variable una verdadera pesadilla para ellos. Y no obstante, es sencillísimo el remedio á esta molesta predisposición. Los Pellets del Doctor Mackenzy no sólo curan pronto y eficazmente los resfriados, sino que hacen desaparecer por completo esta «susceptibilidad catarral», ó sea la propensión al catarro en estas personas que siempre cogen resfriados. Los Pellets se venden á Ptas. 1'50 en todas las buenas farmacias.

(1) «El peligro es tanto mayor—decía ya el sabio historiador Mariana dirigiéndose al rey—cuanto que semejante torpeza (el desnudo libidinoso en los espectáculos públicos) tiene también sus patrones, y no entre hombres oscuros, sino entre varones aventajados por la fama de su erudición y ordenada vida.» —MARIANA: *Del Rey*: etc., cap. XVI.

injuria al pudor ó al respeto debido á los espectadores. ¿Forma práctica de llevar á cabo ese control para que no tuviera el carácter netamente definido de previa censura? No sé verla en este momento. ¿Esto podría ser objeto de un informe fundamentado, cuyo estudio podría encargar la autoridad local de cada población á una junta de padres de familia en la que estuviesen representadas todas las clases sociales sin distinción de partidos. Tomado el acuerdo por la autoridad, previo ese informe de la junta, el empresario del Cinematógrafo quedaría *ipso facto* sometido á una reglamentación cuya inobservancia podría ser castigada—según la gravedad del caso—hasta llegando á imponer el cierre del establecimiento.

Si ese medio no fuese factible, ó si otro análogo no pudiese garantizar en absoluto la estricta observancia de las reglas del decoro en las representaciones cinematográficas, sólo entonces podría llegarse á la prohibición de que los niños de menor edad asistan á ellas. Mejor quisiera yo que esa prohibición—no existiendo aquella garantía—surgiera de la iniciativa de los jefes de familia, que son los directamente interesados en que sus hijos no se sugestionen morbosamente á la vista de espectáculos más á propósito para lesionar su frágil sistema nervioso que para orientar su espíritu hacia la reflexión y la templanza. Yo estimo en principio —y no me recato de decirlo, aunque en esta opinión se me haya adelantado un hombre de sotana que vivía hace tres siglos—que «no debería llevarse al teatro á los niños y niñas de menor edad, mientras fuere posible, para que no se inficionen en los vicios desde la edad primera aquellos que son la esperanza de la república». (1)

**

Hechas estas salvedades, vuelvo á declararme acérrimo partidario del cinematógrafo, como arte menor del cual se puede sacar grandísimo provecho.

En cuanto al niño y á lo que se refiere á su educación psíquica y estética, yo no dudo que con buena voluntad por parte de las autoridades y maestros y con el asentimiento y colaboración de las familias, no habría de ser difícil hallar un medio cómodo y barato para llegar al desiderátum, al *utile dulci* preconizado por los antiguos y que, conjuntamente con la educación higiénica y corporal de nuestros tiempos, viene á constituir el gran secreto de la preponderancia moral de las razas del Norte sobre nuestra enclenque y degenerada raza latina.

Como ya tengo dicho en trabajos anteriores, en los cuales he tratado expresamente de esta parte concreta del problema, opino que, apartado de los espectáculos públicos donde se ponen en juego y en lucha las grandes pasiones de los hombres, de cualquiera índole que fueren, el niño ganaría mucho en educación moral y afectiva si llegase á encontrar aliciente en alguna obra que, apartándose de la disciplina escolar propiamente dicha, fuese, sin embargo, con carácter mixto y familiar, un complemento ó una continuación de la escuela. Esto es lo que se hace en Inglaterra, en Suiza, en Alemania, donde los niños, por regla general, no sienten necesidad alguna de ir con sus familias á las grandes representaciones,

creadas para los adultos, por la sencilla razón de que familias, maestros y autoridades mancomunadamente, dan suficiente pasto á las naturales expansiones infantiles estableciendo una especie de post-escolaridad recreativa que no cesa, de hecho, hasta que el niño deja de serlo para engolfarse en las grandes corrientes de la vida profesional ó del negocio.

Ya sé yo que en Barcelona, particularmente, y en algún otro punto de España, ha habido quien ó quienes han intentado implantar ese sistema de educación psíquico-estética para alejar al niño de los centros donde la corrupción, la inmoralidad y el vicio más ó menos velados se codean día y noche con el público que se tiene por decente y que, sin embargo, los tolera; pero también sé yo que esos intentos han fracasado casi todos ó viven una vida miserable y precaria. Ni las familias han acudido al llamamiento noble y desinteresado de los iniciadores de tan loable empresa; ni las autoridades y corporaciones han hecho lo que debían—ó por lo menos en la proporción necesaria—para apoyarlos y secundarlos. La indiferencia criminal de las unas y la relativa pasividad de las otras han creado el vacío al rededor de esas obras de ensayo, que forzosamente acabarán por morir de inanición, lo cual constituirá una verdadera vergüenza.

Por mi parte, y sin falsa modestia lo digo, no me siento capaz de indicar un remedio al mal que lamento. Y al señalarlo, interin otros más competentes proponen lo que realmente puede ser factible para solucionar convenientemente el problema de la moral pública, sobre todo en lo que afecta al presente y al porvenir del niño, quiero decir, al terminar, algo que me apena como demócrata convencido, aun á trueque de que alguien que no conozca las luchas de toda mi vida me crea inclinado hacia hombres é instituciones de los cuales me separará siempre un abismo.

Yo apruebo en principio—digo en principio—todas las asociaciones creadas y por crear cuyo objeto sustantivo sea la defensa social (no se vaya á creer que haga un juego de palabras) contra las invasiones sistemáticas de la demagogia en lucha constante con la paz y el sosiego públicos y contra los ataques á la moral y á las buenas costumbres. En política, excluyo sólo de mi anatema la revolución, que, en un momento dado, puede ser la *suprema ley* de un pueblo; revolución es evolución, nó demagogia. Y dentro de los ataques á la moral y

á las buenas costumbres comprendo la palabra—hablada ó escrita—que, por su estructura, su fonética ó su intención, representa una obscenidad ó una blasfemia. Llámese como se llame, aunque tome el nombre chungueado de *Lliga del bon mot*. Yo estoy del lado de la barricada donde se lleve á cabo, con dignidad, imparcialidad y mesura, esa obra que considero indispensable de defensa social. Y deplorando lo que ocurre en un campo donde debiera de reinar la ecuanimidad más perfecta, declaro que no comprendo las intransigencias partidistas de los que por su saber y su experiencia, así como por su influjo en las muchedumbres, anulan la eficacia de su propia obra, con lo cual resulta que todos sus esfuerzos—los de los unos y los de los otros—son contraproducentes puesto que se contradicen y se destruyen. La defensa social, desde el doble punto de vista de la moral y del orden público, es labor que á todos incumbe por igual, y el hecho de ir á ella implica la condición de prescindir por completo de prejuicios de escuela, tanto en el orden político como en el religioso. Pretender unos—los católicos y los conservadores, por ejemplo—que sólo ellos están llamados á librar combate á los perturbadores sistemáticos del orden social y de la moral pública, es una candidez supina y un craso absurdo. Pretender otros—los arreglistos y los demócratas—que de esa obra de defensa social han de quedar excluidos sus adversarios para no confundirse con ellos, es también, á mi juicio, otro absurdo que no tiene otro origen que el sectarismo.

Sinceramente creo que los unos y los otros—unos porque exageran sus premisas y otros porque temen sus consecuencias—yerran en sus procedimientos. A todos les falta la debida ponderación para ir á la lucha contra el mal común sin necesidad de darse el brazo ni confundirse. Pueden ser los radios separados de un mismo círculo, que converjan centripetamente al punto equidistante donde reside el remedio. Para esa obra de trascendencia, todos debieran de tener en cuenta que, trabajando por la higiene y orden sociales, trabajan por el orden y la higiene de la familia, sin la cual sería un mito el concepto de humanidad, razón de ser y símbolo eterno del hombre civilizado sobre la tierra.

ARTURO VINARDELL ROIG

Paris, Enero 1912.

RON BACARDÍ

La Cuestión del Cinematógrafo y la de la Moral de la calle

Nuestra Información - 5 y último

(Véanse los números 218, 219, 221 y 226)

Sr. Director de la revista CATALUÑA.

Muy señor mío:

Aunque hubiera deseado poder contestar antes á su atenta invitación, tal vez, en resumidas cuentas, resulte ventajosa mi involuntaria tardanza, pues la verdad es que al leer la nutrida y variada información que bajo el título «La Cuestión de la Moral Pú-

blica» ha venido insertando su revista, casi me parece que todo lo que hay por decir queda dicho en aquellos interesantes escritos.

Sorprende en ellos agradablemente la unidad de su tono y la gran paridad en la apreciación de los hechos, tratándose como se trata de plumas que militan en los bandos más opuestos, nueva señal de los tiempos.

(1) MARIANA Del Rey, etc., cap. XVI.

pos que no es la primera vez que anoto y que hace concebir halagüeñas esperanzas á los que tanto ha que laboramos por obtener una mayor cohesión entre nuestros elementos sociales.

En lo que á la apreciación de los hechos se refiere, pareceme decisiva la interesante exposición estadística del Sr. Mercader (1), que demuestra palpablemente la profunda gravedad que ha alcanzado nuestra dolencia colectiva al amparo de principios que, parodiando un famoso lema, podrían sintetizarse en el grito: ¡Sálvense las instituciones y húndanse las costumbres!

En cuanto á las causas inmediatas y á los remedios oportunos hay que agradecer al Sr. Maragall (2) el feliz levantamiento de la cuestión particular planteada en el interrogatorio á una cima superior que nos muestra en forma panorámica el estrecho enlace de aquel caso concreto con las más graves cuestiones en que se agita la conciencia moderna. Venga en buena hora la revisión de valores de que tanto en arte, como en ciencia, como en moral, como en política, empiezan á ser vivamente objeto los principios más fundamentales que el siglo XIX parecía haber consagrado. Tal es precisamente mi actitud con respecto á los mismos, y por satisfecho me tendría aunque otra cosa no se lograra con ello que suscitar una incommovible falange de conscientes cuestionadores (el polo opuesto de los antiguos sofistas) ante toda imposición mental, sea de la categoría que sea y venga de donde venga.

Parecerá tal vez contradictorio, ser yo un socialista convencido, (socialista, entiéndase bien, en el sentido de creyente en el devenir de la identidad social; aunque no en dogmatismo alguno con el cual, quien sabe cuan oportunamente, se pretende apresurarlo); parecerá digo, tal vez contradictorio, que yo intervencionista en principio me oponga á toda intervención de la Autoridad en los graves abusos contra la moral pública que con razón se denuncian. Pero basta observar cuan lejos está hoy entre nosotros la autoridad de representar el espíritu colectivo—condición indispensable para que lo sea de verdad—para comprender los recelos con que veo, hoy por hoy, todo acto emanado de la misma, cuanto mas aquellos que afectan á nuestro fuero interno. ¡Aplicaos, cada cual en el dominio de su conciencia, á ser una verdadera é inexorable autoridad, señores conservadores, y veréis como el «principio de autoridad», de cuya decrepitud tanto os doléis, se levantará y se impondrá por sí solo, haciéndoos gracia de vuestros indispensables muletas!

Y lo que digo de la autoridad en general, no hay para que multiplicarlo, tratándose del Maestro. ¿Será por ventura el Maestro algún super-hombre á cuya conciencia y diligencia impecables sea preciso desde luego confiar las funciones policíacas abandonadas por los agentes gubernativos y judiciales? Dejemos en paz el Maestro en su

escuela, que bastante tiene que hacer en ella, y cuide él de la policía escolar, como la autoridad civil debe de hacerlo con la urbana.

¿Cómo y dentro de que límites deberá ejercer esta sus funciones? He aquí la cuestión. Cuestión, como todas las de su género, muy fácil y muy difícil de contestar. Aplíquese la ley, dirá el espíritu superficial, y si está es deficiente enmiéndese en lo menester. Pero, volviendo sobre lo indicado, lo cierto es, que de poco ó nada servirá la mejor legislación si no se apoya en el dictado de la conciencia individual. Robustecer el carácter, levantar el espíritu, iluminar la conciencia de todos y de cada uno, he aquí lo necesario.

¿De qué modo? Ahora si que entra el papel del Maestro, como también el de predicador y el escritor, el poeta y el artista, todos los que como aquél, por la naturaleza de sus ministerios tienen *cura de almas*. Aquí, sobre todo, el papel de aquella heroica falange que hay que suscitar á toda costa. Y perdóneme, en este punto el maestro Maragall, que con el mayor respeto salga al encuentro de ciertas apreciaciones suyas con que pretende combatir á los instrumentos modernos de nuestra desmoralización. Sea el que fuere el juicio que el fonógrafo, el cinematógrafo, el telégrafo, la prensa, y cuanto otro *chisme* se quiera añadir, nos merezca á tí ó á mí particularmente, es, á mi parecer, pura pérdida el tiempo y el esfuerzo que se gaste en maldecirlos. Soy en esto, punto concreto el Ruskiniano de siempre y con esto queda expresado el concepto que particularmente me merecen. Pero, si bien es cierto según dijo un escritor anglo-sajón que, aunque muchos de sus paisanos y no paisanos parezcan olvidarlo, «se puede ser un salvaje y usar del teléfono», no es menos cierto que todos estos instrumentos de progreso ó de regreso, tómese como se quiera, son hoy día realidades incuestionables, al mismo título que el lenguaje lo sería para el hombre primitivo ó la coja prensil para el mono. Dúdense cuanto se quiera de su eficacia paralos altos fines de la humanidad, pero no concibo con que título pueden despreciarse como instrumentos accidentales de relación humana. ¿Abominaremos acaso del aire que respiramos por qué es impuro? No, antes bien aprovechemos el tiempo y purifiquémoslo. Es esto tan evidente, que hasta parece tiempo perdido el afirmararlo; tan cierto es que la fuerza irresistible de los hechos no puede contrarrestarse con palabras, pues que al que tal se atreva sus actos mismos le desmentirán cada paso. Si tanto desconfía él de la prensa, ¿podrá decirnos por qué se sirve de ella aunque sólo sea para censurarla?

No ha mucho que hallándome en Bruselas, estudiando sus admirables instituciones sociales, visité su magnífica *Casa del Pueblo*. Había examinado atentamente una por una todas las múltiples y variadas secciones y dependencias de aquel poderoso y complicado organismo de positivo progreso, pero el alma de la *Casa* me escapaba. No acertaba á comprender la fuerza íntima, la virtud inmanente que por necesidad debía in-

fundir vida y carácter á todo aquel informe agregado de vagas iniciativas. Supe que allí funcionaba un teatro popular y una noche quise verlo. No valía la pena, me habían dicho: una velada ordinaria, cinematógrafo á diez céntimos butaca. Un gran gentío de hombres, mujeres y niños de la más humilde condición ocupaba la inmensa platea y las galerías superiores. Las películas, todo lo artísticas que el género permite, eran casi todas novelescas, pero de asunto moral y no dudo que, aun á los ojos más austeros, altamente edificantes. Confieso que al ver el desenlace pudibundo de un drama amoroso mi instintiva perversidad latina me hizo volver los ojos hacia los grupos obreros, esperando ver en sus labios la maliciosa sonrisa entre nosotros habitual en tales casos. El silencio era profundo, la atención absoluta, la aprobación se dibujaba en todos los semblantes y una salva de aplausos resonó en el teatro al terminar, la película. La experiencia se repitió á menudo aquella noche. Cuando se levantó la blanca pantalla en el primer intermedio una extraordinaria visión apareció en el fondo del escenario. Un rostro gigantesco de rasgos nobles y dulces, ojos de ensueño, boca piadosa y frente divina, parecía desde la tela en que estaba pintado dar una secreta bendición á la tosca asamblea. Era una cara de Jesús, según me dijo un muchacho vecino, obra de un socio aficionado que había hecho don de ella á la casa. Un Jesús socialista, el hijo del pueblo y el padre del pueblo, el hombre divino á simple fuerza de ser humano y á quien, por eso mismo, aquel pueblo incrédulo, tal vez ateo, seguía venerando instintivamente como un gran ídolo. Entonces sentí levantarse el velo que me impedía comprender la fuerza íntima, la virtud inmanente que sostenía aquel soberbio alcázar de los humildes. Y salí de él preguntándome: Fórmula, dogmatismo ¿qué importa? ¿No merece cuando menos tanto respeto esta nueva *religión laica*, como las que le han precedido y las que tal vez la sigan? Si la *panacea* del socialismo militante logra fundir en una aspiración superior y en un fraternal abrazo el alma popular descariada y dispersa, ¿en méritos de qué principio verdaderamente religioso podrá condenarse?

Conclusión: En concreto, echaremos mano de todos los instrumentos á nuestro alcance para combatir la podredumbre moral que nos invade, principiando precisamente por aquellos que más se utilizan á tan bajos fines. Pensemos que su nobleza ó baja positividad, no son en su mayor parte, más que un producto de las propias manos que los emplean. En general seamos humanos ante todo y tengamos fe en el corazón del hombre. Tengamos por sagrados sus ideales y no dudemos que, sean los que fueren, ellos constituyen el secreto impulso de toda vida y progreso. Fomentemos los que existan, y allí donde falten preocupémonos ante todo en sembrarlos. ¡Una fe, sea la que sea, no importa! Algo que saque al hombre de sus tristes *casillas* que le libre de la lóbrega prisión de su propio yo. He aquí el fundamento único é insustituible de toda virtud, sin el

(1) Véase el número 210 de CATALUÑA.

(2) Véase el número 213 de CATALUÑA. Poco podría yo pensar, al escribir en Noviembre estas líneas, que no debían publicarse en vida del amigo y del maestro, por mí tan venerado. Duéleme especialmente esto en el alma, por cuanto, como verá luego el lector, se trata aquí de contestar á ciertas apreciaciones del maestro, que interesa á todos vivamente discutir. Y es por eso, ya que en la esfera de la ideación, como diría él mismo, la muerte no existe, que, aun á riesgo de irreverencia, bien meditado el caso, he optado por mantener mi escrito en su integridad. Un nuevo motivo de duelo para el que escribe estas líneas, pensar que jamás recibirán la siempre atenta y luminosa atención de sus benignos y sorridentes ojos.

CAMISERIA, CORBATERIA y NOVETATS
Géneros de Punt - Especialitat en Camises á mida
Plassa de Sant Jaume, 5 y Bisbe, 2 - BARCELONA

ALOY

cual toda moral es palabra vana. Engancha tu carro á una estrella, decía Emerson.

Su muy affmo. amigo y s. s.

c. MONTOLIU.

A.—No se trata, creo yo, de acabar con los espectáculos de Cinematógrafo. Una campaña en este sentido sería de propaganda mas que de descrédito.

En lo que todos debemos laborar, es en reintegrar al Cinematógrafo los límites de espectáculo secundario que le corresponden.

El peligro está en la afición desmesurada que le va tomando nuestra gente. Conozco en Barcelona barrios enteros sugestionados por el Cinema. Y no precisamente por lo que puede asignársele de valor, de información, sinó por el conjunto malsano de literatura gráfica excitante que contiene.

Dícese que el resultado moralizador del Cinematógrafo en Bélgica ha sido excelente, por cuanto ha alejado de la taberna millares de obreros. Entre nosotros, el resultado ha sido bien distinto: alejar al obrero de la tradicional comunidad familiar y alejar la menestralía y aún á la clase alta del teatro. Sin contar todas las desviaciones del sentido moral de que debemos acusarle.

Es lamentable que haya llegado á constituirse en nuestra ciudad un núcleo de técnicos y eruditos del Cinematógrafo. Esta invasión del espectáculo es bochornosa. Bien estaría si se redujese á curiosidad de arrabal como la pantomima por ejemplo.

No vacilo en pedir para los espectáculos de Cinematógrafo una censura previa que abarcase ampliamente todo un contenido, desde el punto de vista moral hasta el estético. No sería inoportuna una rigurosa intervención restrictiva en cuanto se refiere á los carteles anunciadores que perturban nuestros ojos y á las leyendas de las películas que faltan á toda ley de gramática y de buen gusto.

Reducido á sus proporciones verdaderas el espectáculo y admitida la censura, no era necesario alejar á nadie del Cinematógrafo. Quedarían suprimidas las innobles películas de importación alemana y resultaría favorecidas como un mal menor, naturalmente las de importación norte americana que suplen la literatura de aventuras y viajes en un país como el nuestro en que se lee poco y desastrosamente. Si no se hubiese descuidado la educación sportiva, y sintiéramos con fervor religioso nacional el Teatro, no constituiría el Cinematógrafo peligro alguno.

Al sport y al Teatro debemos aplicar nuestra vocación. Con el sport, conseguiremos acallar por la fatiga, la obsesión sexual de nuestras masas cultas ó incultas. ¡Cuanto más eficaz hubiera sido la labor de tantos centros catequizantes é instructivos si hubiesen preparado los fundamentos del contenido moral con una sólida y desbordante alegría física, con un fuerte equilibrio corporal!

Con el Teatro podemos conseguir el desarrollo del espíritu colectivo tan deprimido en nuestra tierra. A condición de que olvidemos esta pseudo poesía dramática tan en boga y tan equívoca como la pintura de género que falseó la historia, y evitemos el *Teatrito local* y el *género chico* que nos in-

vaden convirtiéndonos en turistas dentro de nuestra propia tierra.

Espíritus cultivados no ocultan sus preferencias por la lectura antes que la visión activa del teatro actual. Es ésta una señal evidéntisima de la decadencia dramática que debemos también evitar con ahinco. Es al verdadero Teatro al que debemos volver, á los antiguos y á Shakespeare. La acción de una Asociación Shakesperiana ejercida paralelamente á la acción de nuestros clubs de tennis y de foot ball, sería eficacísima. No puede existir delicadeza espiritual en quienes desdeñan el cultivo de su propio cuerpo. Intensifiquemos los ejercicios corporales por convicción de belleza y de higiene, pero sobre todo, por convicción de moralidad.

B.—Todo lo que sea limpiar de asquerosidades nuestras calles será embellecerlas.

Y no seremos dignos del título de ciudadanía, hasta que velemos constantemente por el decoro de nuestra ciudad.

El contenido de este segundo apartado de la encuesta de «CATALUÑA», debería avergonzarnos á todos.

¿Es posible que no estén resuelos en Barcelona los problemas que en dichas preguntas se insinúan? Por el honor de mi ciudad, quisiera no creerlo.

J. M. LÓPEZ PICÓ

El control del Cinematógrafo en los países extranjeros

A.—I. En los países donde primeramente han constatado el perjuicio moral que el Cinematógrafo reportaba no han intentado alejar del mismo á la muchedumbre que asiste. Lo que han procurado ha sido aprovechar ese grandismo interés, y encauzar el espectáculo hasta convertirlo en beneficio para todos los espectadores.

El peligro que por hoy representa el Cinematógrafo tiene su fundamento en la inconsciencia de las casas editores de *films*, debido todo ello á ser el Cinematógrafo un espectáculo sin tradición, improvisado por las crecientes necesidades del éxito.

Tanto el caracter popular que el Cinematógrafo tiene, como la extraordinaria influencia que del mismo se deriva, han sido la causa de que rápidamente se haya concebido la necesidad de un control y que para darle todas las garantías del éxito se hayan sumado una gran cantidad de intereses. Ningún otro espectáculo tan apropiado como el del Cinematógrafo para que ese control no dé lugar al más leve recelo.

Entre nosotros también la purificación de ese espectáculo puede ser un hecho. Sería suficiente que nuestros jovenes—no importan sus tendencias—de los que por encima de todo prejuicio consideran que solamente en una acción moral es posible el resurgir potente de nuestra patria se pusieran de acuerdo para convertir este deseo en realidad. Antecedentes para esta acción no han de faltarles. En Boston por ejemplo á la vista del incremento de esas inmoralidades las autoridades no permiten la exhibición de una película sin antes haberla revisado, y muchos empresarios poco escrupulosos, que no atendieron debidamente sus indicaciones quedaron obligados á cerrar sus establecimientos. El consejo municipal de Londres prohibió la exhibición de un *film* representando una escena de una brutalidad extraordinaria, y así mismo prohibieron la exhibición de esa película otras ciudades de Inglaterra y Norte-América.

El ministro de Instrucción pública en Alemania ha dado severas órdenes á las casas editoras de películas, para que inutilicen todas las de carácter inmoral.

En el Japón, toda cinta cinematográfica es revisada por la censura antes de pagar los derechos de Aduana.

En las cámaras italianas se presentó un proyecto de ley para reglamentar las representaciones cinematográficas, tendiendo á asegurar la protección moral de los menores. En esa misma ley se establece un impuesto fijo para todas aquellas cintas que á pesar de estar autorizadas no responden á un fin instructivo.

En Dusseldorf, cada programa de los que se exhiben ha de ser previamente proyectado en la prefectura de policía, donde existe un admirable servicio montado con este objeto.

Es reciente el movimiento de la opinión en los Estados Unidos pidiendo la prohibición de las películas representando escenas de crímenes.

En varios puntos, para evitar ese enjambre de muchachos que llenan las primeras filas en los cinematógrafos, está prohibida su entrada si no les acompañan sus padres. Una demanda en este sentido han hecho los profesores de Spandau (Brandebourg) al Comité superior de Instrucción pública.

II. El alejar á los menores de un determinado peligro no es una solución si ese mismo peligro subsiste para emponzoñar á todas las otras personas que forzosamente han de tener tratos con los niños y cuyo ejemplo y acción indudablemente tendrán una influencia sobre ellos. Precisa purificar el ambiente del Cinematógrafo para lograrlo, y para completar las ventajas que de ese espectáculo pueden derivarse, se han instituido infinidad de procedimientos.

En Bélgica se ha instalado un archivo para coleccionar las películas que representan el historial de la vida contemporánea y que mañana serán documentos de un valor inestimable.

En la Biblioteca Nacional de París se ha comenzado igualmente á recoger estas interesantes películas. Las Universidades populares y las obras post-escolares de Bélgica, reunidos en un congreso reciente acordaron la celebración metodizada de películas entre las clases obreras.

El Museo Pedagógico ha creado un servicio de películas para uso de las escuelas públicas, y como auxilio valioso de la enseñanza.

Instituciones de este caracter y con la intención de emplear el Cinematógrafo como medio educativo y para contrarrestar el aspecto inmoral de muchas exhibiciones, se han constituido en diversas de naciones. En Suecia existe un Cinematógrafo Nacional que regula el buen gusto de estos espectáculos, y al que asisten los alumnos de las escuelas públicas.

Lo que hasta hoy, no hay duda, ha sido un motivo más para la corrupción de nuestro pueblo, puede convertirse por la acción de todos, en un nuevo motivo que impulse la educación del pueblo. No olvidemos que ese interés por un espectáculo es el punto de partida para obtener un magnífico resultado.

III.—En Barcelona, con nuestro dulce clima y el espectáculo continuo de nuestro sol y nuestro cielo, no tenemos casi jardines ni plazas, ni suficientes espacios destinados á que los niños puedan juntarse para organizarse sus juegos y expansionarse. En cualquier ciudad del mundo donde el clima no presen-